Carta de Argentina
Conversaciones

Jorge Andrade

Fui a visitar a Ignacio Gómez «Xurxo», apodo éste heredado de su familia lucense, por el que lo conocen los lectores de sus artículos en los principales periódicos y revistas del país. Periodista sagaz, que evita lo efímero y posee la virtud rara, incluso sospechosa hoy en día, de hacer pensar a sus lectores. Excelente cuentista, como lo atestiguan el Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, obtenido en tiempos en que era garantía de calidad, y las minorías amantes de la literatura que son sus lectoras.

Me recibió en su casa del distante barrio porteño de Belgrano donde se aparta de los brillos sociales, conectado con los medios en los que trabaja gracias a los instrumentos modernos de la comunicación, a los que sin embargo considera críticamente, muy alejado de la ingenuidad de los adictos.

Nos habíamos citado para conversar libremente, sin temario fijo, como hacemos con regularidad, aunque con menos frecuencia de la que desearíamos dadas nuestras ocupaciones y la distancia urbana que nos separa, la que no salva la teleconferencia porque no nos gustan nuestras caras virtuales. Me tocó romper el fuego con un tema que siempre me ha preocupado, en particular desde que volví a mi país, y que se refiere a cómo fueron en realidad esos ideales años sesenta de la cultura argentina que yo mismo viví entonces sin la perspectiva necesaria como para poder juzgarlos. Mientras tomábamos el té de las cinco ante una ventana desde la que se puede contemplar, en dirección al río de la Plata, el abigarramiento de torres en que se ha convertido ese barrio otrora poblado de casonas y jardines silenciosos, Xurxo me dijo que a su juicio la Argentina culta de los años sesenta fue un mito que incluso alcanzó a trascender las fronteras. No obstante piensa que en la leyenda tal vez haya algo de cierto siempre que «más que afirmar que Argentina era un país culto digamos que había estratos decisivos de la sociedad argentina que eran inteligentes y estaban disponibles para. Esa disponibilidad se daba como una consecuencia natural de la sabiduría para utilizar el tiempo libre. Hoy esos mismos estratos sociales, o lo que ha quedado de ellos, necesitan emplear más tiempo para sobrevivir. Por otra parte, en los años sesenta, los medios audiovisuales se encontraban en

la infancia. Actualmente ellos dictan la ley, acá y en todo el mundo. Nos inundan de una pseudocultura que desplaza o absorbe la cultura genuina».

En cuanto a la literatura, y en particular al cuento con el que está afectiva y profesionalmente vinculado, Ignacio Xurxo recuerda que en los años sesenta había grupos e individuos que, en la misma línea a que se refería antes, eran los que hacían la diferencia. Así, en aquellos años, el escritor disponía de muchas vías de salida que hoy no tiene. Había editores generosos e imaginativos, como Jorge Álvarez, quien con sus tiradas temáticas de publicación quincenal daba lugar a diez cuentistas por volumen. Y este buen ejemplo cundió y su multiplicó con los imitadores, apunta Xurxo señalando que, además, existían centros informales de escritores, como *El escarabajo de oro* o el grupo de Roger Pla, donde entusiastas de la literatura se reunían para discutir sus escritos y publicar revistas que, aunque hechas con recursos escasos y esfuerzo personal, ejercían gran influencia sobre el medio literario. «Los suplementos culturales de los diarios publicaban un cuento semanal» me dice, «a lo que hay que sumar los que aparecían en revistas, no sólo especializadas sino de información general. Todo eso daba cuenta de una gran ebullición que se realimentaba y crecía. Había no menos de doscientos cuentistas en Buenos Aires, de edades comprendidas entre veinticinco y cincuenta años, de calidad más que razonable, además de los consagrados. En síntesis, se producía mucho, se editaba y se leía. Hoy» me dice, mirando con nostalgia por encima de la taza de té que lleva a la boca, ese barrio urbano que alguna vez fue un pueblo, «hoy han desaparecido esos libros económicos abiertos a los nuevos, los diarios publican cada tres meses un cuento de algún escritor de renombre para atender compromisos y las revistas apenas admiten cuentos».

Hablamos del mundo actual como contraste de aquél que añoramos, tal vez solamente porque lo adorna el prestigio que otorga el pasado. Pero prefiero dejar que se exprese Xurxo, cuyas palabras resumen exactamente las conclusiones a que llegamos aquella tarde en la que, quizá, la visión moderna de Buenos Aires nos puso melancólicos:

«No hay nada nuevo» dijo Xurxo, «no hay nada revolucionario. A lo sumo está la aceleración. Es todo un gran disparate. En los términos de bondad y maldad en que se expresaban mis padres diría que el mundo es del demonio. Y el demonio está encarnado, particularmente, en algunos personajes inteligentes y dañinos cuya representación mas acabada es Bill Gates. Han creado lo que yo denomino el mundo-hamburguesa. Nos dan a deglutir un producto blando, picado, impersonal, inidentificable, que es el emblema de todo lo demás que consumimos, tanto sea material como cultural o político. A través de *internet*, por medio de las enciclopedias en CD

ROM, tenemos cada vez mayores oportunidades de consumir indiferenciadamente la carne más exquisita o el más hediondo de los cadáveres. Nos quieren hacer creer que tenemos grandes posibilidades de elección, pero pantalla, teclas, ratón dan lugar a un trabajo de cuarta categoría para el que hace falta muy pocas luces. El hombre frente al libro, el hombre frente a la idea se ha convertido en algo menor, cuando no despierta recelos. Le hemos entregado a Bill Gates el acelerador de la máquina en que viajamos, y como todos los hombres de su generación y de su país, sólo sabe acelerar».

Abordamos después un tema que, dado nuestro oficio, nos preocupa particularmente a ambos: los escritores y los libros en la Argentina actual. Al terminar advertimos que algunas de las consideraciones acerca del comportamiento editorial argentino podía extrapolarse, sin forzarlas, a mercados del libro mucho más desarrollados que el nuestro.

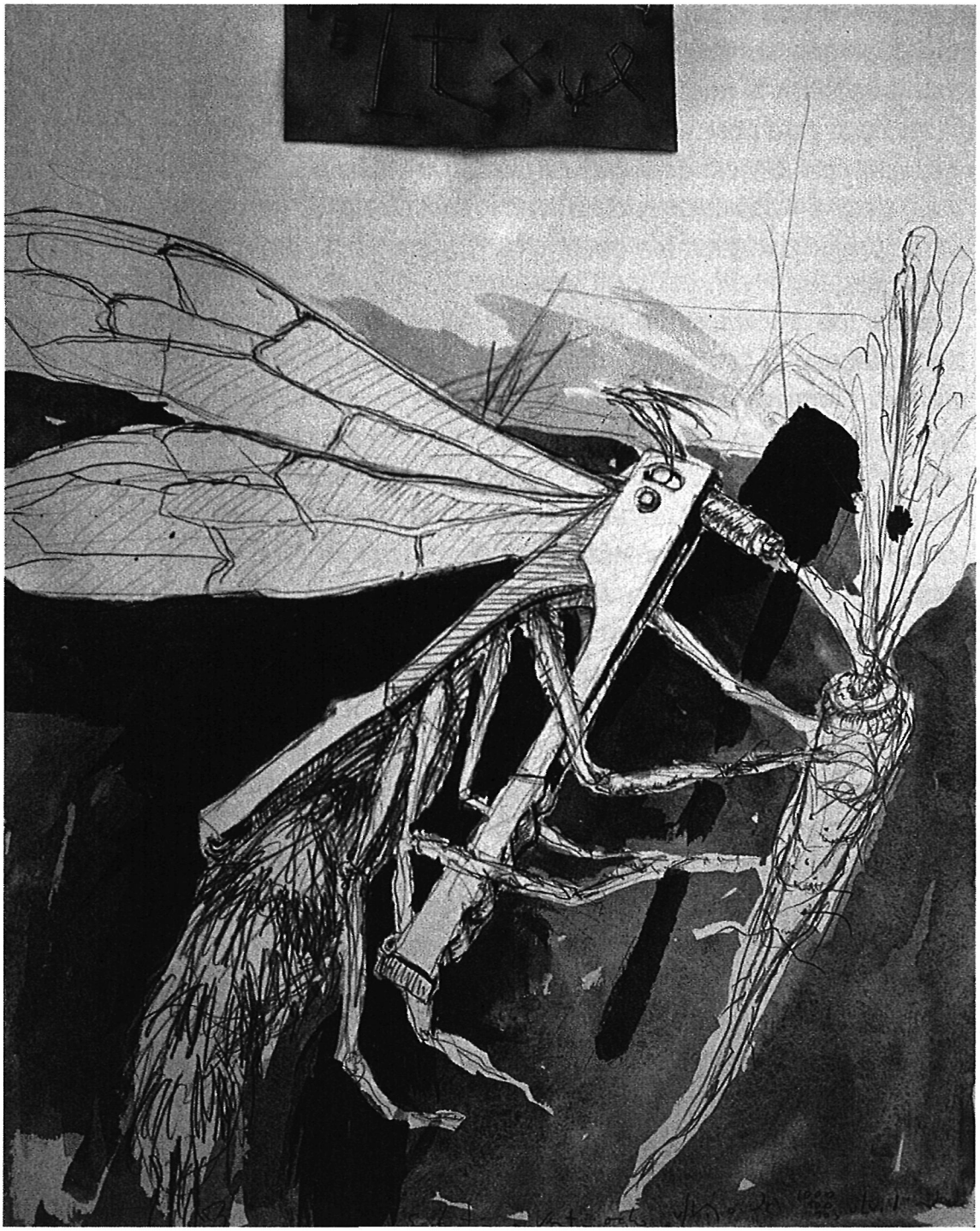
En resumen, llegamos a la conclusión de que la literatura en Argentina de hoy es un juego fantasmal de escritores que no se leen y libros que no se publican. Se organizan concursos que otorgan premios a obras que jamás aparecen las librerías, salvo cuando son las grandes editoriales las que los convocan, en cuyo caso hay una sospecha generalizada acerca de la imparcialidad de los fallos. Los jurados de los certámenes no comerciales, normalmente escritores de larga trayectoria, no logran que los editores acepten sus propios originales y, mucho menos, que reediten sus obras aunque éstas, en su momento, hayan alcanzado un razonable éxito de ventas. Los ganadores son a veces escritores nuevos y otras, viejos escritores desmoralizados que apuestan a un premio, mermando las posibilidades de los noveles, con la esperanza de que, de ese modo, las editoriales les presten atención. Ni aún así. Los textos galardonados realizan el penoso circuito de las editoriales poderosas que los rechazan sin contemplaciones y desembocan en editores voluntariosos y marginales, que no pueden publicar anuncios en los medios y que, por lo tanto, rara vez merecen una reseña bibliográfica si no es por los oficios, las amistades y los ruegos del autor; mucho menos, estos libros, llegan a ser exhibidos en las librerías. La situación se agrava todavía cuando el autor se hace cargo del costo de la impresión. El resultado previsible es que las raquíticas ediciones de mil ejemplares terminen apiladas en casa del escritor, en las mesas de saldos o convertidas en rezago por la picadora de papel viejo.

En tanto, se venden libros, claro está. Unos pocos de autores nacionales, normalmente de los que tienen la complacencia de escribir al uso, es decir, historias superfluas que no comprometen espiritualmente al lector y facilitan a su mente el trabajo en el cómodo régimen de las bajas revoluciones.

La mayor parte de los autores vendidos, sin embargo, son extranjeros, impuestos por las editoriales fuertes, subsidiarias de casas transnacionales. Son servidumbres de la periferia, en este mundo real que se esconde tras la máscara de la globalización igualitaria.

Nuestro trabajo de críticos nos impone la lectura de lo que hoy se publica. Son los títulos que promocionan sus editores. Ocupan los lugares destacados de las mesas de novedades de las librerías. Solapas rimbombantes celebran el lanzamiento de cada nuevo autor como el advenimiento de un genio. Fajas exclamativas califican cada libro de maravilla del género. Abrimos la tapa de ellos no con la esperanza de encontrar lo que anuncian sus promotores, pero al menos un producto digno. Descubrimos, casi sin excepción, que el genio recién consagrado apela a las mismas fórmulas narrativas que sus predecesores. A modo de ejemplo describimos la que, con algunas variantes, predomina: a) reconstrucción somera y no demasiado preocupada por la fidelidad de una época histórica más o menos remota; b) inexistencia de personajes; a cambio de ellos vagan ante el lector sombras chinescas sin profundidad, cartones recortados que pasan por la escena y desaparecen; c) ausencia de argumentos, reemplazados por una sucesión veloz de acontecimientos insustanciales en los que se mechan los consabidos ingredientes de sexo, violencia, abuso de poder y corrupción, generalmente en dosis livianas, para que puedan ser digeridos sin atorarse por lectores bien pensantes; d) en algunos caos, los más pretensiosos, frases aparentemente sesudas que halaguen la autoestima intelectual del lector; y e) con mucha más frecuencia de lo admisible, mal uso del lenguaje.

Los libros pasan, sus autores también. Algunos, más afortunados o más hábiles administradores de su imagen, logran sobrevivir durante más tiempo. Estos últimos llegan a confundir el éxito social con el talento literario. Las editoriales obtienen beneficios con sus productos perecederos, según hacen suponer las operaciones de concentración empresaria que se suceden en el mercado. Las novedades efímeras desplazan a las novedades efímeras. Nadie trabaja pensando en un fondo. En los estantes de las librerías languidecen libros que no tienen comprador y que no parece que los libreros pretendan vender.

Debemos comprenderlo de una buena vez. Es decir, que ya no estamos ante el viejo negocio del libro que empezaba en el escritor y terminaba en el lector. Hoy se trata de una cadena económica ajena a la literatura. El negocio comienza en la editorial, que es el fabricante del producto, continúa con la promoción y comercialización, y termina en el consumidor (que ha perdido el carácter genuino de lector). Uno de los eslabones intermedios de la cadena, no el más importante, es el escriba.

Tomamos una última taza de té observando en silencio las sombras del atardecer que se iban aposentando entre los edificios, nos despedimos estrechándonos la mano y nos sonreímos con complicidad. Habíamos pasado un buen rato pese al regusto amargo que nos dejaban nuestras reflexiones, aun con la nostalgia por el pasado e incluso con la melancolía que comunican los atardeceres de Buenos Aires, telón de fondo que nunca cambiará aunque cambien los decorados. Es que, en definitiva, no nos sentíamos solos.